

## Historia de La Pintura Chilena

La "Historia de la pintura chilena", de Antonio R. Romera, cuya tercera edición acaba de salir de las prensas de "Zig-Zag", aparece ampliada y muy mejorada en distintos aspectos. En un libro de esta naturaleza es importante, es esencial —como muy bien el autor señala— la parte gráfica. Casi todas las láminas en color, que fueron la innovación radical de la segunda edición con respecto a la primera, han sido sustituidas por otras pinturas más representativas.

Hay en esta nueva impresión ejemplos gráficos admirables de lo que han sido las artes visuales en Chile a lo largo de su corta existencia. Tomemos la pintura de José Gil de Castro (el Mulato Gil). Es la afigie del padre de la patria, casi una miniatura, pero que en el estilo candoroso del maestro nos trae el rostro verdadero de quien fuera por antonomasia el prócer ilustre (Museo de Bellas Artes, Santiago).

Otras obras notables reproducidas en esta nueva edición deben ser citadas. Una de ellas, la tela de Pedro Lira, también guardada en la misma pinacoteca, *La carta*, trabajo de técnica tipográfica, fidelísimo como remedo, que nada tiene que envidiar a sus congéneres de otros países. Del cuadro, escribe Romera: "En este género de obras el compromiso entre el instinto y la razón encuentra su verdadero equilibrio. En ella se persigue la belleza ideal mediante el estilo y las formas artísticas sin abandonar lo que es privativo de la pintura... Juega Lira con el movimiento de la cabeza o con la composición de los brazos. Se complace en el plegado de los paños. Busca un escorzo que añada profundidad al cuadro".

También es de admirar el retrato que Ber-

trix, un muchacho de diecisiete años, hizo del poeta Plonka, logrado en una síntesis admirable y sabia. El influjo de Carrière está perfectamente asimilado. Una mancha colorida, dos toques brillantes y una línea impresionista le bastaron a Bertrix para vitalizar la tela con un hondo sentido trascendental y metafísico. Lo misterioso era la musa del joven artista.

Podríamos citar otras pinturas que enriquecen el libro. Por ejemplo, *El dique de Valparaíso*, de Ramón Subercaseaux, uno de los mejores testimonios de impresionismo a lo Manet que se han dado en Chile. Los tres Juan Francisco González, obras maestras los tres. El paisaje de París pintado por Manuel Ojeda de Zárate, con una paleta de gruesa pasta y muy dentro de la escuela que floreció en los años veinte a orillas del Sena. Romera considera a este pintor en el grupo de los transterrados y que, en otros meridianos, agregan prestigio a nuestra pintura y le aportan un aire internacional. También podríamos citar la naturaleza muerta, tenebrista, de Ernesto Barrera, las telas de Matta, Antúnez y Zanartu.

Romera ve el extenso panorama que, en perspectiva, le ofrece la historia de la pintura en Chile a través del enfoque generacional. Los grupos o pléyades de' mismo tiempo forman como una red de intereses y anhelos comunes, de identidad de conceptos, de semejanza de sensibilidad, de uniformidad de aspiraciones espirituales, que les da un rasgo fraternal. Esta particularidad, destacada por el autor en su obra, no es, por cierto, caprichosa. Responde a un fenómeno muy perceptible en el desarrollo histórico del arte chileno desde el Mulato Gil hasta nuestros días.



"La Reina del Mercado", de Rugendas; "Dique de Valparaíso", de Ramón Subercaseaux, y "Charcas", de Nemesio Antúnez, representan obras de las tres épocas más brillantes de la pintura nacional